

Primera parte

*Familia*



Pío Baroja en su casa de la calle de Ruiz de Alarcón 12, cuarto izquierda, en Madrid en los años cincuenta del siglo pasado. Fotografía de Nicolás Müller.

## I

Se piensa en esos postulados que sirven para caracterizar a los pueblos y para dar una base a la política, y mientras quedan vagos y sin detalles, en calidad de lemas, se sostienen; pero cuando se los quiere contemplar en sus detalles, van perdiendo los contornos, y muchas veces se advierte que no son más que palabras.

Si fueran realidades, el mundo conocido estaría ya catalogado como un herbario, y no daría sorpresas como las va dando constantemente.

El español es de este modo; el francés, de este otro; el italiano es así, y el inglés, de esta manera. Todo ello es mucha fantasía, y constantemente se están haciendo rectificaciones.

Hay un libro de A. Fouillée, titulado *Esquisse psychologique des peuples européens*, que quiere ser aclaratorio y definidor, con una petulancia muy francesa; pero a mí no me parece que tenga ninguna exactitud, y creo que se puede afirmar lo contrario de lo que afirma el autor, casi con las mismas garantías.

El mundo quizá fuera más monótono de lo que es si se supieran con seguridad las reacciones de los pueblos; pero, en cambio, cada país tendría más seguridad en sus ideas y en sus actos. La nación sabría su especialidad, y cada provincia sabría la suya dentro de la nación.

Esto quizá no se sepa nunca.

No hay una tradición cultural constante, no ya en una nación, ni siquiera en una región o en una ciudad.

¿Cuál podría ser la tradición de una ciudad como Arbelas, ciudad de la antigua Asiria, de las más viejas del mundo, hoy pueblo miserable, que tiene debajo veinte Arbelas desaparecidas con distintas civilizaciones?

Las mismas ciudades vivas y opulentas tienen diversas tradiciones. París, que iba tomando últimamente, en el periodo anterior a la guerra del 40, en algunos barrios, un aire americano, fue, desde la Revolución francesa y el Imperio, un pueblo latino: el Arco del Triunfo, la columna. Vendôme, la plaza de la Concordia, son de sabor romano, y los discursos de la Convención, las arengas napoleónicas y los libros de Chateaubriand lo son también. Antes de la Revolución, París es un pueblo de gusto barroco, antes renacentista, antes gótico y antes románico.

No hay tradición única.

Quizá donde puede haber algo como una tradición única, o por lo menos homogénea, sería en una raza, en una subraza o en una tribu aislada; pero no siempre la hay.

Dentro de los ciclos de cultura y de tradición, lo que no está de acuerdo con el tono general de ellos se tendía a considerarlo, hace años, como supervivencia de una cultura anterior pasada, según las ideas de Tylor; pero parece que hoy no se considera esta idea de una exactitud completa, ni mucho menos. Falta, pues, una explicación.

Todo ello hace que los ciclos de culturas y de tradiciones sean para el historiador de una casualidad más oscura que nunca, y que esas ideas, tan eficaces para producir guerras, revoluciones y revueltas, no tengan ninguna base científica clara.

Aunque todo ello sea hipotético, es, para mí al menos, muy interesante.

Yo he defendido la tesis, que no pretendo que tenga valor científico, de que los Pirineos y los Alpes son lo más europeo de Europa; que por arriba empieza a aparecer Asia y por abajo África. No sé por qué a todos los que he expuesto mi teoría les ha molestado. Yo creo que Europa, como continente pequeño, ha debido estar mediatizada por esos dos colosos que tiene al lado: Asia y África. También cabe la posibilidad de que el Atlántico haya tenido una población autóctona, y entonces, además de los europeos de aire africano, podría haber los europeos atlánticos.

Hará diez o doce años, un nacionalista vasco me decía, en San Sebastián, con un aire muy acre y muy dogmático:

—Para mí, un vasco que no sea tradicionalista completo no es un vasco.

—Con el criterio de usted —le decía yo—, un vasco del siglo trece o catorce, del campo, no sería vasco.

—¿Por qué?

—El peregrino francés Aimery Picaud, que recorrió en el siglo doce la zona cristianizada del país en su viaje por la ruta de Santiago de Compostela, habla de los vascos como gente feroz y medio pagana.

—Eso no es posible.

—Usted, probablemente, no habrá leído un discurso del historiador García Villada. Este, en su trabajo, dice que la introducción del cristianismo en las ciudades vascas fue hacia el siglo once, y en el campo, hacia el siglo trece o catorce.

El señor que creía el tradicionalismo esencial en los vascos, aseguró que eso no podía ser verdad, como si la opinión de un cualquiera que no ha estudiado un asunto valiese más que los datos de los historiadores que lo han estudiado.

Esta cuestión del tradicionalismo, como todas las ideas políticas y sociales, es muy difícil de encerrar y limitar bien. No se sabe dónde empieza y dónde acaba la tradición.

Se podría decir que hay tantos tradicionalismos como tradiciones.

Ahora lo difícil es saber cuál es la tradición auténtica de un país o de una comarca, lo más privativo y esencial de ella. No sé quién pueda resolver este punto con garantías y de una manera suficiente.

Con respecto a las ideas religiosas, ¿quién es más tradicionalista: el vasco campesino del siglo XIV, que todavía era pagano, o el vasco de la ciudad, que era cristiano reciente? Hay el dato de un obispo de Portugal de la Edad Media que, al ir a pasar por el País Vasco, desde Bayona, se quitaba las insignias de su cargo y los hábitos, porque consideraba peligroso entrar en tierra vasca con una representación religiosa importante. Yo supongo que, ya muy entrado el siglo XIV, la parte campesina de la región no estaba aún cristianizada por completo.

Los vascos fueron durante mucho tiempo dados a la brujería, y su influencia debió de llegar lejos. En los libros de historia se citan textos de Lampridio, Baudemundo y de otros autores, en los que se reprocha a los vascos las artes de los agoreros.

La fama de la brujería vasca corrió por el mundo. Todavía modernamente, en el libro *La Alemania*, de Enrique Heine, en una parte titulada «La leyenda de Fausto», hay una bruja que, al comenzar un conjuro, dice: «*Emen hetan, emen hetan*», palabras vascas que quieren decir algo como «aquí estamos».

En un estudio de Ortega y Gasset, titulado *Miseria y esplendor de la tradición*, dice, refiriéndose a los vascos:

La lengua vasca será todo lo perfecta que Meillet quiera; pero el caso es que se olvidó de incluir en su vocabulario un signo para designar a Dios, y fue menester echar mano del que significa «señor de lo alto», *Jaungoiti*.

*koa*. Como hace siglos desapareció la autoridad señorial, *Jaungoikoa* significa hoy, directamente, Dios. Pero hemos de ponernos en la época en que se vio obligado a pensar Dios como una autoridad política o mundanal; a pensar Dios como gobernador civil o cosa por el estilo. Precisamente este caso nos revela que, faltos de nombre para Dios, costaba mucho a los vascos pensarlo; por eso tardaron tanto en convertirse al cristianismo, y el vocablo indica que fue necesaria la intervención de la policía para meter en sus cabezas la idea pura de la divinidad.

En el sector político, ¿quién era más tradicionalista en tiempo de la guerra de Sucesión de España: el partido de los Austrias o el de los Borbones? En la guerra de los linajes, ¿eran más tradicionalistas los de la casa de Oñaz o los de la casa de Gamboa?

En la época de la Revolución francesa hay defensores del nuevo régimen que quieren arrastrar a los vascos y llevarlos a su campo, hablándoles de su tradición.

Para el cardenal Richelieu, el abate de Saint-Cyran, fundador del jansenismo, era un vasco típico; para otros, el vasco más característico es San Ignacio de Loyola. Difícil es resolver un problema así.

Cada personaje de estos defiende el tradicionalismo que le es más afín. Yo no creo que el argumento del tradicionalismo convenza a ninguna persona. No creo que a nadie se le persuadiría con un silogismo enunciado así: «Usted es tradicionalista. Esto es, tradicional. Luego usted debe de creer que esto es bueno».

En el vasquismo me son simpáticos: la sencillez y la oscuridad del hombre del campo, su poca tendencia a la afectación y a la pedantería, su poco dogmatismo, la no existencia de grandes ciudades y hasta la antigua tendencia de dirección de la casa por la mujer, que da una impresión de resto de matriarcado.

Hay que recalcar que cuando se tiene un ligero conocimiento de lo que es España y de lo que es Europa, resulta que el simple hecho de pertenecer a un grupo étnico tan escaso y tan peculiar como el vasco da una cierta sensación de extrañeza.

Cualquier diccionario, cualquier geografía, dedica a los vascos párrafos más o menos exactos, en los que se subraya su carácter misterioso y hermético. Para un hombre con curiosidades literarias, este tipo hermético se presta a efectos y a juegos de luz. Desde el colérico vizcaíno del *Quijote*, que no es vizcaíno, sino de Guipúzcoa, según Cervantes, hasta los vascos de Lotti, pasando por los de Víctor Hugo, hay una serie de tipos humanos mejor o peor deslindados, que pretenden representar a personas de nuestra raza, y que, aunque sean falsos con frecuencia, están dibujados con el designio evidente, por parte del autor, de trazar siluetas extrañas.

¡Y qué diferencia entre los perfiles! Para Trueba, los vascos serán unos tipos un poco mediocres. En cambio, para Víctor Hugo o Michelet, serán tipos exagerados.

«Nadie más imaginativo que los hombres de esta costa», dice Michelet, «amantes de lo imposible, buscadores del peligro en los abismos y en los sombríos mares de los Polos.

»Estos son los vascos, tipos inmutables de las razas de Occidente, cuyos orígenes se desconocen. Apretados largo tiempo en sus rocas, estos gigantes descendieron poco a poco entre los bearneses, y, siguiendo el camino de las Landas, reclamaron a su vez su parte en las bellas provincias sobre tantos usurpadores que se habían sucedido. En el siglo VII, en la disolución del Imperio de Neustria, intentaron renovar la Aquitania, y en un momento la poseyeron».

Dejando la historia y recordando la literatura, Lotti pintará con arte el anochecer de Sara a la sombra del monte Larrún. El inmenso Jaizquibel está lleno de idilios, dirá Víc-



tor Hugo. Otros muchos montes, muchísimo más altos, hay en todas partes; pero para Víctor Hugo, la Vasconia es excepcional, es la gracia pirenaica, como la Saboya es la gracia alpina. Los comprachicos de *El hombre que ríe* son vascos; Hernani tiene un nombre vasco, y también lo tiene Gastibelza, el hombre de la carabina.

*Gastibelza, l'homme à la carabine  
chantait ainsi:  
«Quelqu'un a-t-il connu dona Sabine  
quelqu'un d'ici?  
Dansez, chantez, villageois! La nuit gagne,  
le mont Falou  
Le vent qui vient à travers la montagne  
me rendra fou.*

Fuera del motivo literario, y produciéndolo en parte, existe el problema que pudiera llamarse científico en sus aspectos étnico, lingüístico y cultural; problema que a fines del siglo XIX y comienzos de este había sido tratado con frecuencia, y que los estudiantes de aquel tiempo nos enteramos de él tarde y con poco espíritu crítico.

Las cuestiones antropológicas me han interesado mucho, aunque no he pasado de ser un simple aficionado. No se sabe qué son los vascos: si forman una raza o no. Evidentemente, todos esos nombres que aparecen en la época romana, vascones, caristios, várdulos, berones y autrigones, deben de ser agrupaciones de gentes unidas por algún lazo histórico desconocido, pero no siempre por motivos étnicos.

El País Vasco no tiene una unidad étnica completa; quizá no la tenga ninguno de los pueblos europeos. Tampoco la tiene relativa.

Es un país de raza mezclada, dominado por el caos étnico, como diría el germanista A. Stewart Chamberlain. Este caos existe en todas las ciudades y campos de Europa.

En las ciudades vascas, la proporción de raza autóctona debe de ser pequeñísima. En el campo, donde más se acentúa la mezcla es en Guipúzcoa. En Vizcaya y Álava, la campiña es más uniforme en su tipo étnico.

Ya Elíseo Reclus, buen observador, en su *Nueva Geografía Universal*, dice:

De vasco a vasco hay tanta diferencia como entre españoles, franceses e italianos. Hay grandes y pequeños, morenos y rubios, dolicocefalos y braquicefalos; los unos, dominando tal distrito; los otros, no. La solución del problema se hace cada vez más difícil, porque si la raza es verdaderamente una, constantemente va perdiendo por los cruces su originalidad primera.

Don Telesforo de Aranzadi, en su estudio de antropología *El pueblo euskalduna* (San Sebastián, 1889), decía como conclusión provisional:

En resumen, y como deducciones probables, el actual pueblo vascongado se puede considerar como la unión de un pueblo íbero, afín al berberisco, y un boreal, que tiene algo de finés y del lapón, con mezcla posterior de un pueblo kimri o germano.

Al parecer, esta conclusión provisional el autor no la ha considerado, con el tiempo, definitiva.

Con relación al idioma, el vasco debió de ser el resto del *substratum* de una lengua ya mezclada anteriormente a la expansión de las tribus indoeuropeas, y que tiene elementos filológicos caucásicos e ibéricos.

Yo no creo que una raza pueda tener originalidad más que por su cultura. Fuera de la cultura, ¿qué originalidad puede tener una raza, y sobre todo, en nuestro tiempo? Yo creo que ninguna.

Toda la ideología del vasco moderno es mediocre.

Respecto al punto de vista de cultura antigua, yo he creído que en el País Vasco debía de haber una mitología dormida, en contra de los que suponían que no había allí más que una rapsodia semítica, y cuando vi que, aparte de la lengua y de la raza, los aldeanos conservaban una cultura o los vestigios de una cultura, y un folklore curioso, este interés se acrecentó en mí, y seguí los trabajos de los investigadores con atención y curiosidad. Yo mismo, en alguna de mis novelas, he aprovechado materia folklórica.

Por encima de las consideraciones sociales y literarias, me gusta del País Vasco su ambiente húmedo, sus cielos grises y sus nieblas, los valles estrechos, los helechales y los prados verdes, los robledales y los hayedos, bordeados por infinidad de caminos hundidos, y los caseríos negros y solitarios, en los que se oye a lo lejos el mugir de los bueyes. A cualquiera que se le diga que a un hombre le gusta más un tiempo lluvioso que otro de sol, dice: «¡Qué locura!». Pero no hay tal locura. Porque yo, al menos, me siento mejor. Es decir, me sentía; porque ahora me siento igualmente mal con calor que con frío.

Chamfort habla de un señor Ximénez que prefería la lluvia al buen tiempo, y que cuando oía cantar a un ruiseñor decía: «¡Qué maldito animal!».

—¡Qué país, donde no maduran los tomates! —dicen del País Vasco los del Mediodía.

—¿Y qué importa? Tampoco los tomates son imprescindibles para vivir. Y si no se tienen, se pueden comprar en otras partes.

Unamuno afirmaba que el vasco era muy intrigante y muy cuco (él decía muy zorro). Yo no lo creo. El vasco ha sido durante muchísimo tiempo más rural que ciudadano, y ha tenido, lógicamente, las condiciones de los tipos rurales. Cuando ha ido a vivir a la ciudad, se ha ido acomodan-

do a otros hábitos y a otras ideas; pero no se ha distinguido en ellos. Yo no he observado que entre los vascos antiguos conocidos en la historia se haya desarrollado esa zorrería señalada por Unamuno.

Para tener éxito en la vida se ha necesitado siempre la aventura y el comentario. Vascos antiguos que llegaron a la aventura y la dominaron, hubo muchos; alguno de entre ellos que la adornara con el comentario, ninguno.

Elcano, Legazpi, Lezo, los Oquendo, Urdaneta, Churruca, Lope de Aguirre, etcétera, llegaron a la gran aventura, pero no pasaron de ahí. No supieron decir la frase necesaria a tiempo. Uno de los tipos más extraños de indiferencia o de incompreensión es Juan Sebastián de Elcano. Elcano se encuentra de pronto en unas condiciones como se encuentran muy pocos en la vida. Ha muerto el jefe de la expedición de que forma parte, y va a ser él, el vasco oscuro, el que va a coger el fruto de un empresario audaz, maquiavélico e intrigante como Magallanes.

Elcano, en su momento de apogeo, sabe que en su barco va un italiano, Pigafetta, que no le quiere, que está tomando notas del viaje, probablemente para desacreditarle, y no se le ocurre, como se le hubiera ocurrido a cualquier aventurero de la época, inventar un proceso contra el italiano e inutilizarlo o tirarlo al agua. No, lo deja tranquilo.

Elcano, probablemente, al llegar a España, no esperaba ninguna gloria. Pensaba, sin duda, que el emperador le daría una recompensa burocrática y nada más.

En los vascos citados pasa lo mismo. No tenían sentido histórico ni social.

No saben aprovechar la aventura. Ninguno es capaz de decir una frase a tiempo.

Cuando Nelson dijo, en la batalla de Trafalgar: «Inglaterra espera que cada cual cumplirá con su deber»; cuando

Wellington, en el campo de Waterloo, mirando el reloj, dijo con aire sombrío: «Blücher o la noche»; cuando Danton, en la Asamblea Nacional gritaba con voz de trueno: «Para vencer se necesita audacia, audacia y siempre audacia», laboraban para la historia y para la leyenda. El marino, el general y el tribuno realizaban un hecho histórico dándole un fulgor legendario.

Este sentido les ha faltado a los vascos; si han tenido aventuras, si han conquistado países, si han tomado parte en guerras, lo han hecho en silencio. No han intentado darle un sello a la hazaña. No eran capaces de hacerlo. Han pertenecido a una raza muda.

Y Unamuno quiere decir que el vascongado es zorro. ¡Qué va a serlo! Yo no lo creo, no por salir con un alegato en defensa del país, sino porque no me parece la aserción exacta. El zorro en las fábulas es el emblema de la astucia, de la inteligencia, de la picardía y, sobre todo, del saber hablar. No creo que el vasco se haya distinguido en estos aspectos, y sobre todo en el hablar.

Unamuno puede que sí. Unamuno era el aldeano que sale del terruño y se hace rabiosamente ciudadano y adopta todos sus hábitos y procedimientos. Quiso primero ser un escritor español ilustre y después ser un escritor universal. Escribió miles de cartas y tuvo su política, política unamunesca, y llegó a ser conocido en el mundo entero.

Ya después de muerto, sin el brazo poderoso que sostenía la armazón de su obra, esta se desmorona.

Yo creo que el bagaje no era grande. Así lo pienso sin entusiasmo y sin odio. Sus novelas me parecen medianas, y su obra filosófica no creo que tenga solidez ni importancia. No llega en sus lucubraciones a esas fantasías a lo Spengler o Keyserling, y mucho menos a esa penetración aguda de los Bergson y de los Simmel.

Volviendo a lo mismo, yo creo que el vascongado no ha dicho, dentro de la exigüidad de su país, su palabra, y ya no la dirá probablemente.

Se le ha pasado el tiempo.

## II

Por su aspecto físico, a mí me gusta la tierra vasca, aunque confieso que va perdiendo carácter gracias a las construcciones modernas y al triunfo del cemento armado. Hay gente que no le agrada el país.

—A mí no me gusta nada la luz de las Vascongadas —me decía Sorolla en San Sebastián, de una manera cate-górica—. El verde es monótono.

—A mí tampoco me gusta nada la luz del sur —le contesté yo—, ni en general la del Mediterráneo.

—Eso lo dice usted por decir.

—No; es verdad. Me parece una luz blanca, fuerte; pero en el campo hay muy poco color. Todo tiende al blanco, al negro y al gris; es decir, a lo que no son colores. Ribera y Caravaggio no son coloristas al lado de los flamencos y florentinos.

Sorolla no podía permitir que se tuvieran opiniones contrarias a las suyas, y casi se incomodó con las mías.

Yo, por inclinación, soy guipuzcoano. Guipúzcoa es la provincia donde he nacido y por la que tengo más simpatía. Esta pobre Guipúzcoa, tan pequeña, tan arreglada, tan discreta, se ha achabacanoado por los propios y extraños hasta hacerse un país de cursilería en lo alto y de ordinariez y gamberrismo en lo bajo.

Cosa sintomática de la falta de espiritualidad de un país: en ochenta años no ha inventado una canción. Después de Iparraguirre y Vilinch, nada. Si ha adoptado algún

cantar extraño, le da una nota de pedantería y de insolencia. Existe en el pueblo cierta inclinación por el vino; en todas las comarcas donde no hay viñas existe también.

Hay una canción antigua, de música de aire clásico, en la cual se reprocha en broma, no a hombres, sino a unas señoritas, que les gusta un poco el vino.

La canción dice así:

*Iru damacho Donostiyaco  
errenteriyán dendari  
josten ere badaquite baña  
ardoa eraten obequi.*

(Las tres damitas de San Sebastián, que tienen en Rentería una tienda, saben muy bien coser, pero también saben beber vino.)

Se ve a las tres señoritas, con las mejillas sonrosadas, bebiendo en su tienda un poco de vino.

En cambio, hay una canción con música de correcalles de Irún, que dice:

Tenemos un defecto: que no nos gusta,  
que no nos gusta;  
tenemos un defecto: que no nos gusta  
el chacolí.

Aquí se ve al animal, al gamberro, que cree que hace una declaración importante ante el mundo.

Con relación a su tradición y a la cultura del País Vasco, yo he tenido particularmente, y sin preocupación pedagógica, la tendencia contraria de los nacionalistas del tipo de Sabino Arana, Campión, Sota y demás. Estos, con una ideología completamente exótica, creían que el País Vasco tenía una historia de alguna importancia y que no tenía, en cam-

bio, prehistoria ni mitología. Conocido es que Sabino Arana había librado su nacionalismo en Barcelona con los catalanistas y había aceptado con entusiasmo sus doctrinas.

Yo he creído siempre lo contrario de estos nacionalistas vascos.

Para mí, la historia del País Vasco es poco importante dentro de la de España y de la de Francia; un país pequeño que no tiene ciudades antiguas no tiene historia. La historia es una construcción de ciudades. He creído, como digo, que el País Vasco no tiene historia de importancia, pero que tiene prehistoria, sociología y mitología, y que estas, por pequeñas que sean, tienen, mientras sean autóctonas, alguna trascendencia, por ser un reflejo, no de las ideas latinas, sino de algo anterior a estas ideas y anterior también, en muchos casos, a las creencias indogermánicas.

El profesor Barandiarán ha trabajado y sigue trabajando en este sentido, y sus investigaciones son lo más interesante que se ha hecho por ahora. Mi sobrino Julio Caro Baroja marcha en esta dirección, y su libro *Algunos mitos españoles* está lleno de anticipaciones que pueden convertirse en realidades.

### III

¿Cómo sería antes el País Vasco? ¿Qué creencias tendría? Es punto que me interesa.

En el libro de Raymond Lizop *Le Comminges et les Couserans* encuentro algunos datos de las costumbres de los pueblos pirenaicos. La incineración era lo corriente en todos esos pueblos antes de la conquista romana. Existía el culto de las montañas, el dios Garre, Garri y Gorri (el rojo), el dios Aherbeltze («*arri beltz*», la roca negra), Arixo (la peña), Illunnus (las cimas); el culto de los bosques y de los



árboles (Baeserte), de los dioses y de las aguas (Belco, Ilixio, Laha, Baigorrixus), de la atmósfera (Beisiros), cultos solares y astrales (Abellio, Belisama), etcétera.

Había dioses generales: Leheren (parecido a Marte o a Thor), Erge (de la misma familia), y dioses locales, como Ilumberus, Ilurberrixus, Borienus, Ele, Lelhunnus, etcétera.

Cuando uno intenta estudiar una familia vasca, pronto le viene la sospecha de que la gente del campo, en el siglo XIV, no era aún cristiana. Yo creo que con nuestros mismos apellidos actuales ha habido muchos vascos que eran paganos, lo que quizá no suceda en ningún pueblo de Europa antigua. Por ejemplo: en Vera hay un barrio de Alzate. Este barrio no tiene iglesia vieja. La iglesia del pueblo está en el barrio de Vera, y debe de haber sido comenzada al final del siglo XIV o principio del XV. Puede que antes hubiera una iglesia de madera, pero seguramente antes del siglo XIV no había ninguna, y los Alzates de allí serían paganos.

## IV

En el País Vasco no ha habido aristocracia feudal, ni tampoco latifundio. La misma hidalguía, con sus escudos, no creo que haya sido muy fuerte, aunque la petulancia actual le quiere dar un carácter importante.

Todos los vascongados han estado, poco más o menos, a la misma altura en cuestión genealógica, y en el transcurso del tiempo unos han subido y otros han bajado en importancia económica y social. Como últimamente las familias pudientes han hecho que sus hijos sean ingenieros o diplomáticos, antiguamente les proporcionaban una ejecutoria y los hacían secretarios o militares; pero no creo que el Echeverri (casa nueva), con escudo, haya sido ni más ni menos que el Echezarra (casa vieja), sin él. El uno fue más

avisado que el otro, y nada más. Claro que de esto viene, en parte, la aristocracia.

La aristocracia feudal es en Europa de los arios y de los semitas, de países de patriarcado y de pastoreo. El País Vasco, en su origen, era más bien agricultor y matriarcal que pastoril y de patriarcado.

La hidalguía vasca es, más que nada, de carácter moral y racista.

El padre Larramendi, en su *Corografía de Guipúzcoa*, se muestra completamente racista. Para él, la nobleza del gipuzcoano no viene de reyes, sino que es una nobleza étnica, de no haberse mezclado la población ni con judíos, ni con moros, ni con godos, ni con americanos (ni con Pizarros ni con Pinzones, dicen algunas ejecutorias vascas, despreciando de una manera antihistórica las glorias de la conquista de América). Para Larramendi, un guipuzcoano zapatero o labrador puede ser tan noble como cualquier otro paisano suyo. Es un punto de vista étnico.

Larramendi se burla de un genealogista de su tiempo, Carlos Ossorio, que se pregunta cómo todos los vascos pueden creerse nobles, porque noble, para él, supone posición social, diferencias y jerarquías, y, en cambio, para el jesuita supone raza.

Larramendi se muestra enemigo de los ricos del país que quieren creerse superiores, a los que llama «aundiquis» (en vasco, los que pretenden ser grandes), que se las echan de aristócratas, y que no son, para él, más que explotadores.

Examinando la cuestión desde un punto de vista sociológico y étnico, Larramendi tiene razón: la nobleza vasca es una consecuencia del aislamiento y de la pequeña propiedad rural; como la aristocracia feudal inglesa, francesa, alemana y eslava proceden del latifundio.

Así pasa en España también. En el centro, Castilla y Andalucía tienen aristocracia con grandes propiedades te-



Cabeza de Pío Baroja, obra de Francisco González Macías,  
en la biblioteca de Itzea.

rritoriales. En el norte, y sobre todo en el País Vasco, solo hay hidalguía, es decir, idea racista y psicológica, no social y decorativa.

En la hidalguía hay un hecho real, que es la raza, aunque esta no se reconozca a fondo; pero ella existe.

Ahora la genealogía tiene menos valor; es más social que biológica, y las consecuencias que se puedan sacar de ella son más aleatorias.

Sobre esta cuestión de la nobleza se cuenta que un señor vascofrancés, que se llamaba Sagasti y Polloe, se estableció en San Sebastián de cerero, y con sus velas y el chocolate y sus cirios para las iglesias y los caramelos para los chicos hizo una fortuna.

Este señor tuvo varios hijos, y el mayor fue marino y músico y compuso una *Misa de Réquiem* que estaba bien. Después pretendió ser alcalde de San Sebastián; pero, al parecer, en esa época, para ser alcalde o regidor se necesitaba tener una ejecutoria de nobleza.

Entonces un escribano, Legarda, le resolvió la cuestión fácilmente.

En el sitio del cementerio de San Sebastián que se llama Polloe existía, al parecer, una ruina de una casa fuerte o castillo con este nombre. El escribano Legarda hizo que se pusiera una larga escalera sobre la ruina. El señor Sagasti y Polloe subió unos cuantos escalones, y después Legarda le mandó que los bajara.

Luego el escribano redactó un documento afirmando que el señor Sagasti descendía en línea recta de la casa fuerte de Polloe. Y era verdad; lo que permitió al marino músico ser alcalde de San Sebastián.